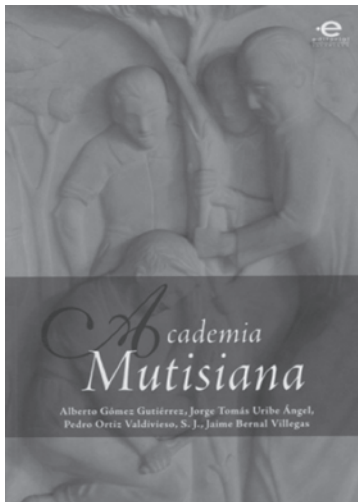


---

## Comentario al libro: ACADEMIA MUTISIANA\*

---

Académico Efraím Otero Ruiz



Por tercera vez en un quinquenio ocupo este podio para ocuparme de uno de los libros del grupo de inmunogenética (o de anti-inmunohistoria, diría yo) de la Universidad Javeriana, esta vez enriquecido con la presencia del P. Ortiz Valdivieso, orquídeologo y mutisiólogo y del Dr. Uribe Ángel notable historiador educativo, y presentado admirablemente

por el P. Durán Casas, Vicerrector Académico de la Universidad Javeriana.

En el prólogo, citando desde Sarton y Ziman en los 70s. hasta Mauro Torres en el 2011 afirmo que, aunque suene extraño, parece como si las Academias florecieran entre las guerras. Tal sucedió con la de Platón, “la máxima institución de enseñanza superior surgida en el mundo”, -al decir de Sarton- enmarcada desde las guerras del Peloponeso, hasta el final de la dominación espartana de Atenas en el siglo IV antes de Cristo. Según dichos autores, las Academias han simbolizado una manera de continuar la vida espiritual entre uno y otro conflicto. De ahí el interés con que todos debamos acariciar esta “Academia Mutisiana”, para muchos origen y fundamento de nuestra guerra de independencia, o al menos, como lo dije hace poco en la Academia de Historia, de la formación intelectual de muchos de los jóvenes talentos sacrificados en ella<sup>1</sup>.

---

\* Reseña bibliográfica publicada en el Vol. 34 No. 1 (96) Marzo 2012,

<sup>1</sup> Otero-Ruiz, E. (2008). “El desgaste científico-tecnológico de la guerra de independencia”. *Boletín de Historia y Antigüedades* 842:479-487.

Conflagraciones aparte, salvo la intelectual creada por dos de los autores de la presente obra a partir de la Expedición Humana de 1990, tal parece que el grupo de historiadores javerianos de la ciencia se viene configurando como uno de los más sólidos del siglo XXI, en razón a la prestancia y al ánimo de sus integrantes. En menos de tres lustros ha publicado más de una decena de libros, desde *Al Cabo de las Velas* de Alberto Gómez<sup>2</sup> en 1998, hasta el que hoy aparece. Los más recientes están basados o inspirados en el verdadero filón o tesoro que constituyó el hallazgo para el Archivo Histórico Javeriano, en la colección del padre José Rafael Arboleda S.J. (anoto que el libro y mi prólogo son un homenaje al ilustre sacerdote), de papeles ocultos e inéditos del Sabio Mutis que se habían escapado aun a los más acuciosos y obsesivos investigadores de los siglos XIX y XX.

Por eso este libro resulta el complemento indispensable de la *Medicina Científica Mutisiana* de 2008, que tuvo el honor y el agrado de prologar y que con el de su *Filosofía Natural* completa la trilogía sobre el Sabio<sup>3</sup>. Aquél consistió en el trabajo sobre la irritabilidad en los seres vivos, que Don José Celestino preparó en 1759 para ingresar a la sociedad de Nuestra Señora de la Esperanza, futura Academia matritense, ingreso malogrado al interponerse su viaje a la Nueva Granada en 1760, que lo elevaría a la gloria no sólo colombiana sino mundial. La pregunta que surge entonces y que responde admirablemente este libro, es: -¿Por qué las Academias, desde la antigüedad hasta el Renacimiento, y su resurgimiento europeo y americano de los siglos XVII a XIX?

Don Gregorio Marañón se planteó esta pregunta al profundizar en 1934 sobre el iluminismo español del Padre Feijóo y de su tiempo. Su respuesta coincide plenamente con lo planteado por nuestros autores en su capítulo introductorio: “Las Academias –esta y todas- fueron en sus comienzos cátedras independientes en las que el saber surgía y se derramaba al margen de las universidades, necesariamente entorpecidas por la burocracia. Fueron escuelas pujantes, con magisterio de libre elección, formado con valores experimentados y llenos de aquella independencia que da el tener la propia historia definida; y, por tanto, complementos, a la vez graves e inquietos, de las aulas oficiales”. Y concluye, premonitoriamente: “Eso debe ser cada Academia en los tiempos presentes en que todo se mide –lo personal y lo colectivo– con el patrón de la eficacia”,<sup>4</sup> como quieren hacerlo digo yo, quienes dispensan a cuentagotas nuestras menguadas ayudas oficiales.

En busca de los antecedentes del academismo mutisiano, el presente libro los sitúa justamente al inicio del Renacimiento. Y le da un merecido lugar al nacimiento y participación de la Compañía de Jesús, comunidad ascética y docta, que con la *Ratio studiorum* revive el aristotelismo y la Academia griega. A la detallada lista de los maestros jesuitas matemáticos y astrónomos de los siglos XVI y XVII habría que agregar, pienso yo, al boloñés Francesco Grimaldi, S.J. (1618-1663) quien, para muchos, antecedió a Newton en el descubrimiento de la difracción de la luz.

En serio y en broma (como ha sido el estilo de los inmunobiólogos coautores de este libro) men-

<sup>2</sup> Gómez G., A. (1998). *Al Cabo de las Velas - Expediciones Científicas en Colombia, Siglos XVIII, XIX y XX*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.

<sup>3</sup> Otero-Ruiz, E. (2009). Bernal V., J.E. y Gómez G., A. –Medicina Científica Mutisiana–. En: Discurso de orden en la presentación del libro. Academia Nacional de Medicina. Medicina 31(85): 122-126.

<sup>4</sup> Marañón, G. (1966). “Vocación, preparación y ambiente biológico y médico del Padre Feijóo”. Discurso de ingreso a la Real Academia Española, 1934. En: Gregorio Marañón - Obras completas. Madrid: Espasa Calpe. Vol. II, pp. 91-135.

cionan la proliferación de las “Academias de todo y para todo” que caracterizó ese albor renacentista y que, *mutatis mutandis*, parece haberse transmitido –sin culpa de Mutis, claro está– a la Colombia de la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, en el lado serio del asunto hay que reconocer con Castiglioni en su introducción a la Medicina del 1600, que “uno de los más importantes hechos para la evolución del pensamiento en este período fue la fundación de las Academias o Sociedades científicas”<sup>5</sup>.

A la enumeración inicial que hacen los autores de las tres Academias posrenacentistas (la Dei Linnei en Italia – 1603–, la Francesa – París, 1635– y la Royal Society en Londres, -1660– habría que agregar también la famosísima italiana Del Cimento –Florencia, 1648 – y la Leopoldina de Alemania –Erfurt, 1652–, (esta última descrita en extenso comentario de pie de página que hacen al modelo de Academia de Mutis), para completar el cuadro de las grandes Academias científicas europeas. Sin embargo, esa influencia tardará casi un siglo en traspasar los Pirineos y situarse en el extremo meridional de la península ibérica.

Gracias a los jesuitas –y esa es una de las tesis fundamentales de este libro– la idea de las Academias llega primero a América. ¡Como si fuera más rápido ir de Cádiz al Nuevo Mundo que de París a aquella misma ciudad! Así lo afirman Gómez y Bernal en su *Scientia Xaveriana* de 2008. Ahí, en el Colegio Seminario de San Bartolomé, fundado en 1604, al lado de nuestra actual Plaza de Bolívar, surge en 1623 la Academia (Universidad) Xaveriana, primera institución del nombre con categoría universitaria en el Nuevo Reino de Granada.

Bien recuerdo yo la sorpresa de mis colegas de posgrado en los Estados Unidos –muchos de los cuales ni siquiera sabían dónde quedaba Colombia– cuando les mostraba mi diploma en latín de un Colegio-Universidad que comenzó 15 años antes de que los Pilgrims tocaran siquiera las costas de Massachusetts. ¡Acordémonos que la fundación de la ilustre Harvard data de 1636!<sup>6</sup>.

Volviendo a Mutis, es posible que durante su formación en el Colegio de Cirugía de Cádiz anhelara pertenecer a la Regia Sociedad (Academia) Médica de Sevilla, para Marañón<sup>7</sup> la primera de las corporaciones médicas de España, donde obtendría su título de bachiller en medicina el 2 de mayo de 1755. Más tarde se traslada a Madrid donde, dos años después, en 1757, obtendría su título del protomedicato.

En su Proyecto para la Fundación de la Sociedad del Restablecimiento de la Medicina en Madrid (léase Academia) que ocupa la parte central de la presente obra, son de gran interés los folios que tratan de lo que llamaríamos “estatutos” que hoy serían, para muchos, los mismos de una Academia a otra, variando solo con los objetivos de cada especialidad. Quienes se precian, después de largas discusiones, de la originalidad de los estatutos de determinada Sociedad, deberían volver 200 años atrás con este libro y ver que, como dice el Eclesiastés, “no hay nada nuevo bajo el sol”.

Sin embargo, la aguda mente del Sabio no se escapó –como lo podemos leer entrelíneas– a prever en esas normas lo que después podría convertirse en la dura crítica de las academias. No sabemos

<sup>5</sup> Castiglioni, A. (1941). *Historia de la Medicina*. Barcelona: Editorial Salvat, p. 497.

<sup>6</sup> Para una revisión completa del origen de las instituciones estadounidenses, véase: Sinclair, A. (1970). *A concise history of the United States*. London: Thames and Hudson.

<sup>7</sup> Marañón, G. Op.cit.

si pudo conocer poco después el anónimo epigrama satírico de los franceses dedicado a ellas y a Molière, quien no ingresó en vida a la Academia Francesa, pero lo hizo póstumamente como busto en mármol en 1778 y del cual yo he intentado una modesta traducción:

Avec vous, messieurs, Dieu merci,  
Molière désormais figure.  
Tous nos grands hommes sont ici,  
mais ils n'y sont plus qu'en peinture.

En adelante ¡oh Dios! El gran  
Molière entre ustedes figura.  
Los grandes hombres aquí están:  
pero, grandes sólo en pintura.<sup>8</sup>

También habla de cómo se eligen las Juntas, intuyendo lo que siglo y medio más tarde diría el eximio escritor y poeta, Adolfo León Gómez, fundador de nuestras Academias Colombianas de Historia y de Jurisprudencia, sobre las elecciones por aclamación: “Son una corruptela abusiva y casi siempre contraria a los reglamentos. Porque ¿quién en esos casos va a atreverse a discutir y menos si aquél está presente, que es acaso persona honorable? Pero aunque el favorecido lo sea, eso no motiva para que los compañeros pierdan el derecho de pensar con su cabeza, de escoger y de hallar quizás otros candidatos tan buenos y tan aptos como él o aún mejores<sup>9</sup>.”

En el capítulo sobre Institucionalización de la Ciencia en la Nueva Granada es apasionante

leer la pugna entre las nuevas escuelas iluministas y académicas –influenciadas por Bacon y por Newton– contra los baluartes ultraconservadores del escolasticismo, estos últimos refugiados tras los muros de conventos y comunidades que entraban y combatían la apertura a la nueva ciencia y al nuevo conocimiento, con amenazas del Santo Oficio, como sucedió en el caso de Mutis. Los autores coinciden con Indalecio Liévano Aguirre en sus “Grandes Conflictos Económicos y Sociales” de 1982 al mostrar cómo fue de importante la acción de los jesuitas, cuyo ascendiente preponderó *sotto voce* aun en los 40 años que siguieron a su expulsión por Carlos III de todos los reinos “donde nunca se ponía el sol”.

Aunque la educación diplomática franco-suiza y británica de mis colegas académicos, y la reconocida medida y discreción de sus co-autores no les permite decirlo abiertamente, la realidad es que la lucha de los letrados para llenar el vacío dejado por los exiliados jesuitas, enseñando o investigando, fue un verdadero zafarrancho en Europa y en América durante la segunda mitad del siglo XVIII. Entre nosotros dos orientaciones, la ignaciana y la tomística, perseguían ese predominio (cisma que llevaba, según Quevedo y Duque<sup>10</sup> en su “Historia de la Cátedra del Rosario” de 2002, a bartolinos y rosaristas a lapidarse y a desafiarse en las calles), mientras los dominicos se sentaban en el medio, como piedra angular – o *magister dixit*– “con habilidad política para ubicarse en el monopolio de los estudios superiores”, como escribiera Diana Soto el año pasado<sup>11</sup>. Por eso no es raro que su

<sup>8</sup> Traducción inédita de Efraím Otero Ruiz.

<sup>9</sup> León Gómez, A. (1917). *Al través de la vida. Intimidaciones, ideas, pensamientos y opiniones*. Bogotá: Imprenta de Sur América, p. 214.

<sup>10</sup> Para el contexto histórico de esta rivalidad, véase: Quevedo, E. y Duque, C. (2002). *Historia de la cátedra de Medicina en el Colegio Mayor del Rosario durante la Colonia y la República: 1653-1865*. Bogotá: Centro Editorial Universidad del Rosario.

<sup>11</sup> Soto, D. (2011). “Liendo y Moreno, reformadores ilustrados de los estudios superiores en América colonial, siglo XVIII. En: *Educadores en América Latina. De la colonia a los siglos XVIII y XIX*. Tunja: Búhos Editores, p.15-46.

convento se asentara geográficamente a la mitad de la distancia (hoy calle 12) que separa la iglesia de San Ignacio de la capilla de La Bordadita, todo a lo largo de la carrera 7ª, ayer como hoy peatonal y próximamente “empetrada”. Todos, hasta el precursor insigne de nuestro periodismo, Moreno y Escandón, buscaban por medio de lisonjas y oraciones, cuando no de ocasionales “coimas” o contribuciones en dinero, los favores de reyes o virreyes y de sus respectivas cortes. ¡Acordémonos que nuestro criollo precursor debió pagar la onerosa suma de mil pesos de plata por el cargo de Fiscal Protector de Indios de la Real Audiencia! Que no le ayudaron mucho, pues fue exiliado del país por obra y gracia de los dominicos, quienes escribieron en verso el amenazante e injusto bando público de su expulsión el 7 de mayo de 1781 y que apenas guarda relación con apellidos y descalificaciones recientes:

*Otro demonio que hay, que lo es Moreno  
perturbador del vulgo y de la paz,  
en caso que no mude de terreno  
no faltará otro arbitrio tan sagaz  
para acabar con tan mortal veneno...  
¿Qué hizo con los estudios? Confundirlos.  
¿Qué intentó con los frailes? Acabarlos.<sup>12</sup>*

Mutis, a la manera de sus presentes biógrafos, tuvo la diplomacia de mantenerse al margen de dicha *melée* y ocupándose primero de los yacimientos del nudo de Santurbán -250 años antes que los minero-ingreso-seguros de hogaño-, introduciendo por primera vez en América la amalgamación para beneficio del oro y después a fondo con la Expedición Botánica, la primera Academia y la más importante de las expediciones científicas al Nue-

vo Mundo. Al tiempo, ya ordenado de sacerdote, ejerció discretamente la medicina “naturista” –como dirían hoy– a base de plantas, con gran habilidad diagnóstica y terapéutica.

Para explicar los orígenes de esta práctica, todos sus biógrafos hablan de la influencia de Boerhaave –la figura médica mundial más importante del siglo XVIII– a través de Linneo. Pero nadie se ha detenido a pensar cómo esa influencia configuró una “cadena” de maestros y discípulos que comienza en Holanda y termina en la Nueva Granada. Efectivamente, como nos lo recuerda Laín Entralgo, “pocos años después de su nombramiento en Leyden ya Boerhaave era considerado como uno de los más prominentes botánicos de la época. Tras haberse dedicado durante seis años a compilar y a editar cubriendo todos los gastos el *Botanicon Parisiense* de Sebastian Vaillant la hizo publicar póstumamente en 1727, como homenaje a su amigo. Consciente de que para la época la botánica se hallaba en gran estado de confusión, cuando el joven Linneo llegó a Holanda, Boerhaave, quien no simpatizaba con su ambiciosa personalidad, le ayudó allanándole el camino. Lo recomendó al rico mercader Clifford como supervisor de sus colecciones botánicas y zoológicas en el Haartecamp, cerca de Haarlem, donde Linneo más tarde confesará haber pasado los años más felices de su vida”.<sup>13</sup> Sabemos que el interés primordial de Boerhaave era el de las plantas medicinales en cuya aplicación sobresalió.

Mi hipótesis –con la que coincide Alberto– es la de que ese interés fue sutilmente transmitido a Linneo y que probablemente por vía de Barnades, del Jardín Botánico de Madrid, pasó a Mutis. De éste a los miembros de la Expedición Botánica

<sup>12</sup> Soto D. op/cit p. 42.

<sup>13</sup> Laín Entralgo, P. (1970). *Historia Universal de la Medicina Tomo 4*. Madrid: Salvat Editores, pp.

y probablemente por vía del Padre Eloy Valenzuela a Ezequiel Uricoechea (cuya tesis de Yale es precisamente sobre una planta medicinal), a José Jerónimo Triana<sup>14</sup> –el primero en investigar seriamente la obra de Mutis–, a Florentino Vezga, naturalista y botánico, y a Manuel Plata Azuero, fundador de nuestra Academia Nacional de Medicina y autor del primer tratado nacional de terapéutica –los dos últimos parientes por la línea paterna de Alberto. ¡No es raro que coincida! Así (de Boerhaave a Plata) se configura en un siglo una de las cadenas del conocimiento científico que, tal como lo ha hecho Ziman para la ciencia mundial, hemos venido compilando para los casos colombianos y esperamos completar próximamente.

Después de sus seis eruditos capítulos, una introducción y un epílogo, el libro concluye acertadamente que “el programa científico que se conoció como la *Expedición Botánica al Nuevo Reino de Granada* es, en realidad, la primera Academia formal extracurricular de nuestro país y que, si se revisan bien los pormenores de las demás expediciones científicas e instituciones en los siglos XVII y XVIII, podría considerarse a esta expedición –de cerca de medio siglo de existencia continuada en nuestras tierras,– como la primera Academia de América”.

¡Brillante antecedente para los que han intentado mantenerse despiertos aquí esta noche!

*Dirección para correspondencia:  
otero.efraim@gmail.com*

*Presidente Sociedad Colombiana de Historia de la Medicina*

---

<sup>14</sup> Véase: Díaz Piedrahíta, S. (1996). *José Jerónimo Triana, naturalista multifacético*. Bogotá: Fondo FEN Colombia; Díaz Piedrahíta, S. (2008). *Mutis y el movimiento ilustrado en la Nueva Granada*. Bogotá: Editorial Guadalupe.